



Las cruces de Añora: religiosas, paganas y populares



*Antonio MERINO MADRID
Cronista Oficial de Añora*

La fiesta de la Cruz contiene, según ya hemos escrito en otras ocasiones, un conglomerado de elementos religiosos y paganos que son precisamente los que le confieren una identidad singular y propia. El origen religioso de la fiesta nos remite al hallazgo de la “verdadera Cruz” de Cristo realizado por Santa Elena, la madre del emperador Constantino, allá por el año 326. Según la leyenda relatada por Santiago de la Vorágine, Santa Elena mandó derribar un templo consagrado a la diosa Venus que se había

construido en el Gólgota y, excavando allí, encontró tres cruces. Para averiguar cuál era la de Jesús, las pusieron en contacto con un enfermo, que sanó al tocar la auténtica. Según las crónicas, estos sucesos ocurrieron el tres de mayo, quedando instituida desde entonces la fiesta de la Invención de la Santa Cruz en esa fecha.

Posteriormente, las hermandades penitenciales de la Vera Cruz recogieron la tradición de venerar este

objeto sagrado para el cristianismo. Se trata de las cofradías pasionistas más antiguas que se conocen y celebraban su principal acto religioso en la estación de penitencia del Jueves Santo, en el transcurso de la cual los hermanos de sangre se azotaban públicamente durante el recorrido de la procesión. En Añora esta hermandad se constituyó a mediados del siglo XVI en la parroquia de San Sebastián, donde contaba, según los inventarios de la época, con “un crucifijo de un Cristo del tamaño de un hombre” como imagen titular. Todas las cofradías de la Vera Cruz, sin embargo, recogían en sus reglas la celebración solemne, como parte fundamental de su ritual litúrgico, de “las dos fiestas de las cruces de Maio y septiembre”.

Curiosamente, en la actualidad la fiesta de la Cruz de Añora no ha conservado prácticamente ningún componente religioso en su celebración. No hay, como en otros lugares, ritos litúrgicos asociados a la fiesta y, si alguna vez la hermandad de la Vera Cruz lideró la organi-

zación de su culto, hoy la iglesia local no participa en absoluta de este ceremonial, que ha devenido en un festejo meramente popular. De nada han servido

prohibiciones que ya desde antiguo se establecieron, cuando la Iglesia adivinó que el curso de la fiesta no seguía los cánones dictados por ella: “que ninguna persona de cualquiera calidad, estado o condición que sean vista y adornen profanamente las Santas Cruces y mucho más el que las velen de noche, profanándolas con bayles y bullas bien ajenas de la veneración que les es debida”, podemos leer en un documento del siglo XVIII.

Ello es debido a que la conmemoración del hallazgo de la cruz de Cristo se superpuso sobre antiguos rituales paganos de tipo agrario y naturalista, quizás con la intención de hacerlos desaparecer absorbidos por las nuevas

prácticas religiosas. Sin necesidad de remontarnos a las antiguas fiestas romanas en honor de Cibeles o Atis, que han estudiado Caro Baroja y Frazer, es sabido que el mes de mayo ha gozado siempre en la



mentalidad popular de un carácter lúdico y propiciatorio, al encarnarse en estos días la más alta expresión de exuberancia vegetal y esplendor de la naturaleza. Rogativas en demanda de lluvias para favorecer los cultivos, aguas mágicas con propiedades curativas o rituales agrarios implorando buenas cosechas forman parte de la cultura rural de todos los tiempos. Durante este mes, además, se celebraba la fiesta del mayo, un tronco de árbol adornado con cintas y ramas, instalado en la plaza del pueblo a cuyo alrededor se cantaba y bailaba, y la fiesta de la maya, una niña lujosamente vestida que pedía donativos para costear la celebración.

De la mezcla de todos estos elementos rituales, religiosos y paganos, surgió la fiesta de la Cruz tal como hoy la conocemos. Podríamos decir que los componentes religiosos han triunfado en la forma (puesto que la cruz continúa siendo el objeto material de veneración) y los paganos en el fondo (puesto que el sentido vitalista y lúdico de los rituales agrarios predomina sobre la lobreguez asociada a la liturgia cristiana de la cruz, que celebra básicamente la muerte). No solamente los cánticos tradicionales peticionarios de noviazgos o buenas cosechas apuntan en esta dirección, sino que la abundante presencia real o simulada de elementos de la naturaleza convierte a nuestras cruces en auténticos festivales volcados en la celebración del goce de vivir que trae consigo el clímax de la primavera en este mes. Antiguamente había más presencia vegetal a través de las mace-tas de flores que constituían el elemento principal de la decoración de las cruces y de hierbas aromáticas como poleo o manzanilla, con las que se cubría el suelo de las habitaciones donde se vestían. En la actualidad, este componente se ha estilizado y aparece representado en forma de flores, ramas y hojas elaboradas artesanalmente con materiales delicados y con una exquisita factura que han dotado de un increíble valor artístico a esos espectaculares monumentos efímeros que son nuestras cruces noriegas.

En este momento de la recapitulación, conven-dría destacar un tercer elemento que en las últimas décadas ha ido perdiendo también presencia en la celebración de la fiesta de la Cruz. Se trata precisamente de su carácter “popular”, en el sentido de

que la fiesta suponía antaño un espacio de comunicación intergeneracional que permitía la transmisión de conocimientos tradicionales de padres a hijos, de abuelos a nietos, que de esta forma garantizaba la pervivencia del sentido de las costumbres antiguas y de los saberes ancestrales, que son los que dotan de identidad a un pueblo. Hasta hace pocas décadas personas de todas las edades se reunían en la cruz de su calle durante toda la noche, practicando juegos tradicionales, cantando las copillas populares, ejecutando los bailes típicos de la localidad y relatando leyendas y anécdotas de la vida rural de los campos, contribuyendo con ello a la creación de una mitología propia que singularizaba la personalidad individual y colectiva.

Hoy todo esto, lamentablemente, se ha perdido y, siendo lo más invisible, es probablemente lo más importante. La fiesta de la cruz ha adquirido una dimensión colosal en los últimos años, habiendo sido declarada de Interés Turístico de Andalucía y estando próxima su inscripción como patrimonio de interés etnológico, lo cual nos enorgullece a todos los noriegos, por tratarse de reconocimientos externos a una creación autóctona modelada durante siglos que todos sentimos como nuestra. Sin embargo, conven-dría extremar los cuidados también en este punto. Que la fiesta no se convierta en algo ajeno al “pueblo”, en el sentido más noble de este término. Que los niños aprendan a cantar el “Mayo, mayo, mayo, bienvenido seas” y las coplas de las pipas del melonar. Que no se olviden los bailes grupales de “A la flor del romero” y “El sombrero volando viene”. Que se practiquen los corros de “A mi burro, a mi burro” y “Santa Teresa en la cueva”. Jugar al florón y a los pollos. Que se coman rosquillos de los tres pesos y que los niños –sí, los niños- se beban esa noche una copita de anís, como rito iniciático de aprobación. Que se recupere la costumbre de recolectar poleo y manzanilla para llenar de olores mágicos la noche de la velá, tan propicia para los amoríos adolescentes. Todo esto es también la fiesta de la cruz. Y recuperarlo no está en manos de las instituciones, sino en la de cada uno de nosotros. Aún estamos a tiempo, quizás.